



HAL
open science

Santa Librada, patrona del día 20 de Julio, en el Primer Centenario de la Independencia de Colombia

Jaime De Almeida

► **To cite this version:**

Jaime De Almeida. Santa Librada, patrona del día 20 de Julio, en el Primer Centenario de la Independencia de Colombia. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.382-395. halshs-00529680

HAL Id: halshs-00529680

<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00529680>

Submitted on 26 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

SANTA LIBRADA, PATRONA DEL DÍA 20 DE JULIO, EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA

Jaime de Almeida
Universidad de Brasilia
Brasil

Santa Librada devino en 1810 la patrona de la independencia en Santafé de Bogotá por ser la santa del día en que se organizó la Junta Patriótica. El ritualismo de la procesión de Santa Librada queda muy claramente asociado a las políticas de memoria del partido liberal, y casi no se ve cuando están los conservadores en el poder. Durante el Centenario de la Independencia, época de hegemonía conservadora, asimismo salió la procesión. Analizaremos en detalle cómo, a lo largo del ciclo conmemorativo abierto en 1910, este ritual cívico-religioso logró institucionalizarse como una tradición nacional (interrumpida en vísperas del Sesquicentenario).

La primera señal de la relación entre Santa Librada y la Independencia estaría en un viejo cuaderno aportado por el joven bogotano Sabas Meléndez al abogado Eduardo Posada, que lo publicó en el *Boletín de Historia y Antigüedades* de la Academia Colombiana de Historia en 1922.¹ Según ese manuscrito, en la noche del viernes 20 de Julio de 1810 corrió entre los patriotas de Santafé de Bogotá, que ya habían empezado a prender a los chapetones, el rumor de que éstos pretendían incendiar casas para

1. Eduardo Posada, «Fastos de Santafé». *Boletín de Historia y Antigüedades* año XIV n. 158, 1922, pp. 123-128.

sembrar el pánico, y que «habían salido a degüello, por señora y abogada de este reino a Santa Librada».

La idea no sería totalmente fuera de propósito, puesto que se trataba de la santa misma del día 20 de julio en el santoral católico; su nombre evocaba sin equivocación posible la Libertad; y más, existía desde 1724 una imagen de Santa Librada, de talla quiteña en madera policromada y encarnada, en la iglesia de San Juan de Dios.²



Santa Librada en la Casa del Florero. Foto de Daniel Rodríguez, circa 1960.
(Museo de Bogotá)

Pero, por cual razón los más rancios chapetones habrían considerado útil a sus planes de represalia contra los criollos de la Suprema Junta, ¿invocar justamente a Santa Librada por señora y abogada? Tal vez nada más por ser la santa del día; pero puede ser que tuviesen noticia de algún protagonismo de la patrona de Sigüenza en la guerra contra los franceses

2. Ver Rodolfo Vallín Magaña y Laura Vargas Murcia, *Iglesia de San Juan de Dios*. Bogotá, Arquidiócesis de Bogotá, 2004.

en España. Según Leandro Higuera del Pino, desde el verano español de 1808 ya crecía una «literatura de combate» en que circulaban pastorales de obispos, catecismos y hojas sueltas sacralizando la guerra.³ Los pueblos de España reaccionaban al saqueo de sus iglesias por las tropas invasoras francesas, y esa dimensión religiosa de la guerra caló fondo entre los americanos, como lo atesta en especial lo que pronto pasó en México, donde un estandarte de la Virgen de Guadalupe recogido el día 16 de setiembre de 1810 por el cura Hidalgo en el santuario de Atotonilco, condujo el pueblo alzado en armas.

Hay un indicio muy sugestivo de la presencia de Santa Librada en la cultura política española de la época, cuestión que por ahora sólo podemos sugerir como una hipótesis a verificar en fuentes españolas, empezando por la colección de materiales impresos que constituyen aquella «literatura de combate» de entonces (la expresión es de Jean-René Aymes).⁴ En muchos pasajes de la literatura histórica producida por el intelectual canario Benito Pérez Galdós (1843-1920), la devoción a Santa Librada aparece como un atributo caricatural de los conservadores españoles en la época del trienio liberal (1820-1823). Sabemos que en agosto de 1826, cuando Fernando VII estuvo en Sigüenza, la urna que contiene las reliquias de Santa Librada (patrona de las parturientas) fue abierta para que la joven reina María Josefa Amalia de Sajonia le pidiera la gracia de engendrar un heredero varón.⁵ Puede ser que la asociación explícita de Santa Librada con el conservadurismo español haya empezado efectivamente ahí, y que Galdós haya cometido un anacronismo al mostrarla como algo ya establecido anteriormente. Por otra parte, la devoción a Santa Librada no se concentraba en Sigüenza: existían imágenes, reliquias y cofradías de ella en muchas otras regiones de España, inclusive en Madrid. Si acaso hubo en algún momento, recurso al carisma de ésta santa en la lucha contra los invasores franceses, eso no tiene que haber sido necesariamente en Sigüenza. Por ahora, no podemos avanzar más allá de estas especulaciones.

Pasemos a una fuente mucho más conocida, el *Diario de la Patria Boba* de José María Caballero. Lastimosamente, jamás sabremos si en aquél 20 de Julio de 1810, el rumor de Santa Librada le despertó alguna atención al cronista. En su diario tampoco hay mención a Santa Librada en 1811, cuando en Santafé de Bogotá se conmemoró con luminarias por tres días, culto solemne en la catedral y saraos elegantes, el primer aniversario de la Suprema Junta, bajo el liderazgo españolizante del «Vicegerente del

3. Leandro Higuera del Pino, «La Iglesia y las Cortes de Cádiz». *Cuadernos de Historia Contemporánea* n. 68, vol. 24, 2002, p. 68.

4. Jean-René Aymes, *La Guerra de la Independencia en España (1808- 1814)*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1980 (citado por Higuera del Pino).

5. Ver Felipe-Gil Peces-Rata, *Historia de las aperturas del sepulcro de Santa Librada y envíos de sus reliquias*. Sigüenza. Gráficas Carpintero, 2006, pp. 37-39.

Rey» Jorge Tadeo Lozano y Peralta, hijo del Marqués de San Jorge. Un año después, involucrado en la guerra civil, en las filas del presidente Antonio Nariño contra las tropas federalistas de Camilo Torres, nuestro testigo José María Caballero nada informa acerca de Santa Librada en los festejos del 20 de Julio 1812 en Santafé de Bogotá.

Pero en 1813, el *Diario* de Caballero señala, primero, que a 16 de julio (día de la Virgen del Carmen) se declaró la independencia y que Nuestra Señora de la Concepción fue declarada patrona del reino. El día lunes 19 se replantó el árbol de la libertad y por primera vez se hizo por iniciativa de los patriotas la asociación entre Santa Librada y la Independencia: según José María Caballero, después que se plantó el olivo de la libertad, «salió la representación nacional con el señor presidente [Antonio Nariño] a la iglesia de San Juan de Dios, a traer a Santa Librada en procesión a la catedral, para la fiesta de mañana; estuvo muy lucido; vino la comunidad acompañando; hubo iluminación general». El día siguiente, martes 20:

«Se formaron todas las tropas para la asistencia de la representación nacional a la catedral, a la fiesta de Santa Librada, en la que predicó el padre Florido un sermón famoso, de hora y cuarto, de independencia. Acabada la misa, se descubrió Su Majestad y se cantó el *Te Deum*. Finalizada la función, se regresaron al colegio electoral (...) Después se hizo el juramento de independencia; el primero que juró fue el señor presidente, en manos del secretario; y de ahí fueron jurando todas las corporaciones, prelados, eclesiásticos, colegios, síndicos y cabildos eclesiástico y secular y todos los demás.» (pp. 137-141)

Notemos que la imagen de Santa Librada concentró las atenciones colectivas el día mismo en que se juraba con toda solemnidad la adhesión al pacto de Independencia y cuando empezaba la destrucción sistemática de los símbolos de la monarquía.⁶ En verdad, no sólo Santa Librada: también apareció entonces en la escena ritual la alegoría de la india, expuesta por Antonio Nariño en el salón del Colegio Revisor de la Constitución en enero de 1812 y que enseguida lució en las monedas de Cundinamarca como emblema de la libertad de los americanos.

En síntesis, el culto cívico a la santa patrona del día 20 de Julio empezó mientras Cundinamarca centralista se enfrentaba simultáneamente a las regiones federalistas y realistas; desapareció bajo la reconquista española y apenas recuperó alguna importancia en la República de Colombia; rebrotó en la presidencia de Francisco de Paula Santander; casi invisible en la década de 1840, volvió fugazmente a la escena en la época de la abolición

6. Sobre la importancia de la *damnatio memoriae* en este contexto, ver Georges Lomné, «Las ciudades de la Nueva Granada: teatro y objeto de los conflictos de la memoria política (1810-1830)». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* n. 21, 1993, pp. 115-135.

de la esclavitud; pasaron casi 20 años de obscuridad hasta que en la segunda presidencia de Manuel Murillo Toro, el 20 de Julio devino fiesta nacional y se reinventó la procesión de Santa Librada; luego vinieron 50 años de Regeneración y hegemonía conservadora opacando casi completamente la tradición; pero Santa Librada lució en Panamá durante la guerra de los Mil Días; entre las décadas de 1920 a 1960 las fotos estampadas en los principales periódicos de Bogotá muestran sin lugar a dudas el renovado culto cívico a la patrona de la Independencia; finalmente, sobrevinieron 50 años más de olvido entre el Sesquicentenario y el Bicentenario.

En el siguiente cuadro, los años señalados en color rojo indican que la procesión de Santa Librada ha sido relatada por alguna fuente de archivo, mientras que en los años señalados en color verde circuló alguna referencia importante acerca de esa tradición aunque no haya salido la procesión:

1810	1820	1830	1840	1850	1860	1870	1880	1890	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000
1811	1821	1831	1841	1851	1861	1871	1881	1891	1901	1911	1921	1931	1941	1951	1961	1971	1981	1991	2001
1812	1822	1832	1842	1852	1862	1872	1882	1892	1902	1912	1922	1932	1942	1952	1962	1972	1982	1992	2002
1813	1823	1833	1843	1853	1863	1873	1883	1893	1903	1913	1923	1933	1943	1953	1963	1973	1983	1993	2003
1814	1824	1834	1844	1854	1864	1874	1884	1894	1904	1914	1924	1934	1944	1954	1964	1974	1984	1994	2004
1815	1825	1835	1845	1855	1865	1875	1885	1895	1905	1915	1925	1935	1945	1955	1965	1975	1985	1995	2005
1816	1826	1835	1846	1856	1866	1876	1886	1896	1906	1916	1926	1936	1946	1956	1966	1976	1986	1996	2006
1817	1827	1837	1847	1857	1867	1877	1887	1897	1907	1917	1927	1937	1947	1957	1967	1977	1987	1997	2007
1818	1828	1838	1848	1858	1868	1878	1888	1898	1908	1918	1928	1938	1948	1958	1968	1078	1988	1998	2008
1819	1829	1839	1849	1859	1869	1879	1889	1899	1909	1919	1929	1939	1949	1959	1969	1979	1989	1999	2009

Acordemos que en todos los años en que aún no tenemos noticia de procesiones, se rezaba oficialmente a Santa Librada en la misa de los días 20 de julio, hasta la época del concilio Vaticano II (y del Sesquicentenario de la Independencia). En la toponimia seguía visible Santa Librada, como sigue hasta hoy. Es más, indiferentemente a los cambios políticos la imagen de la santa debía atraer sus devotos en la iglesia de San Juan de Dios y otros templos adonde se la llevaron más tarde, hasta que pasó a integrar el acervo de la Casa Museo del 20 de Julio en 1960.

Para entender los eclipses de las procesiones de Santa Librada en nuestro cuadro, no podemos ignorar los esfuerzos aplicados por Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878) en la construcción de la memoria de Simón Bolívar. Personaje prominente de la aristocracia criolla de Popayán, sobrino del presidente del Consejo de la Regencia da España, edecán, secretario personal y miembro del Estado Mayor de Simón Bolívar, Mosquera fue cuatro veces presidente de la República. Y no olvidemos a su

yerno y socio comercial Pedro Alcántara Herrán, que ocupó la presidencia en 1841-1845.

Desde la primera presidencia de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849), el lugar de memoria más central de Bogotá, la antigua *Plaza Mayor*, pasó a llamarse *Plaza de Bolívar* y tiene al centro la estatua que había sido donada al Congreso de la Nueva Granada por José Ignacio París. En el patio norte del Capitolio Nacional, que él mandó construir en 1847 junto a la Plaza de Bolívar, se ven en bajo-relieves del pedestal de su propia estatua las principales obras públicas de su primer gobierno: navegación a vapor del río Magdalena, la estrada de Honda, el Capitolio Nacional, el Instituto Militar, el progreso de la imprenta, etc.⁷

Mientras inauguraba el monumento a Bolívar, el presidente Mosquera publicó unos Fragmentos de la Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar en *El Día*.⁸ La primera parte de la biografía del Libertador -del nacimiento hasta 1816- se publicó en Nueva York en 1853. La secuencia la concluyó más tarde en Lima, y quedó inédita hasta 1917 cuando la Academia Colombiana de Historia la publicó para el Centenario de la Independencia. Así que Tomás Cipriano de Mosquera funge en algunos de los momentos decisivos del proceso de invención de las tradiciones nacionales colombianas.

En contraposición, los personajes que se asocian al mantenimiento de la tradición creada por Antonio Nariño son el presidente Francisco de Paula Santander (procesiones de 1835, 1836 y 1836), el presidente José Hilario López (procesión de 1849), y lucen las magníficas procesiones de Santa Librada en las conmemoraciones del 20 de Julio durante la segunda presidencia de Manuel Murillo Toro. En 1871 la ciudad de Bogotá confirmó su privilegio como capital de los Estados Unidos de Colombia. La ley de 8/05/1873 consagró el 20 de Julio como fiesta nacional reafirmando la centralidad de la capital del país y abrió camino para la difusión del culto cívico a Santa Librada en todo el territorio nacional. Los triunfos de la imagen de Santa Librada en los festejos patrios de la primera mitad de los años 1870 coinciden con el ocaso político de Tomás Cipriano de Mosquera en Colombia, con la oficialización del simbolismo de la Mariana con la Tercera República en Francia,⁹ y con la apoteosis del culto a Simón Bolívar en Caracas bajo la presidencia de Guzmán Blanco.¹⁰

7. Ver Joaquín Tamayo, *Don Tomás Cipriano de Mosquera*. Bogotá, Cromos, 1944.

8. *El Día* n. 369, 20/07/1846, pp. 2-3-4.

9. Ver en especial los estudios de Maurice Agulhon acerca de la Mariana en Francia.

10. Ver José María Salvador González, «Construcción de un imaginario nacionalista mediante la estatuaria pública en la Venezuela de Antonio Guzmán Blanco (1870-1888)». V Jornadas de Historia Contemporánea: «Teoría e historia de los nacionalismos». Universidad de Oviedo. Asociación de Jóvenes Historiadores, 2006.

Es cuando en 1872 los presbíteros Bernardo Herrera Restrepo y Joaquín Pardo Vergara, asesores del arzobispo Vicente Arbeláez, crearon un nuevo modelo para la fiesta de Santa Librada. Lo más importante a destacar es la incorporación a la procesión de la imagen del Cristo de los Mártires de la iglesia de la Veracruz, y con él la memoria de los mártires de la Independencia. La tradición se reinventaba, el ritual cívico y religioso pasó a contar con la participación oficial de los descendientes de los próceres. Pero a pesar de todo el énfasis de los discursos oficiales apelando a la memoria exclusiva de las víctimas de la represión española en la época de la Pacificación, aquella imagen concentra las memorias de muchos otros tantos muertos en los catafalcos erguidos en Santa Fe de Bogotá, desde mucho antes y también después de la Independencia. Memorias de bandidos, de gentes desesperadas, de los enemigos políticos de un o de otro régimen o gobernante. A todos esos muertos el Cristo de los Mártires evoca indistintamente, y la sacralidad de la comunión de todos ellos así actualizada en la procesión de Santa Librada le daba al emblema de la Libertad empuñado por Antonio Nariño en 1813 una nueva y poderosísima carga simbólica.

A lo largo de los dos siglos, en especial cuando quiebran algún período de silencio de muchos años a su respeto, los periódicos suelen enfatizar el carácter tradicional de la procesión. Por ejemplo, una leyenda de las fotos de la procesión de Santa Librada en 1922: «Desde hace cincuenta años es tradición no interrumpida la de hacer desfilar por las calles de la ciudad la célebre procesión de santa Librada, patrona de los revolucionarios de 1810 que se conmemora el 20 de julio».¹¹ Sin embargo, no podemos concluir que sí siempre salieron las procesiones pese el silencio de los periódicos. Algo análogo encontramos en la literatura:

Al comentar en sus *Crónicas de Bogotá* que la procesión de Santa Librada era una costumbre que persistía hasta aquellos días (1891), Pedro María Ibáñez no ignoraba por cierto lo que pasaba en los periódicos de la época. Es que entre 1875 y 1909, o sea, durante 34 años, solo tenemos hasta ahora noticias de tales procesiones en 1886, 1890 y 1909. Las *Crónicas* de Ibáñez y la novela costumbrista *Manuela* de Eugenio Díaz, salieron a público en 1889 y 1891 respectivamente, como que dándole respaldo literario a la solitaria noticia de procesión de Santa Librada de 1890. La *Manuela* de Eugenio Díaz establecía unos vínculos afectivos profundos entre el día 20 de Julio, la memoria de la Independencia, Santa Librada, la cultura campesina de Cundinamarca y los liberales gólgotas; y Cordovez Moure recuperaba la memoria aún reciente del triunfo de Santa Librada durante la segunda presidencia de Manuel Murillo Toro. Es más, justamente el 18 de julio de 1891, Cordovez Moure empezó a publicar por entregas

11. *El Gráfico*, 22 de julio de 1922, p. 105.

en *El Telegrama* sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*; entre ellas, una larga y enfática crónica de los festejos patrios del 20 de julio de 1872. La primera edición del libro saldría en 1895.¹² Más que una secuencia anual regular, nos inclinamos a pensar en intentos de invención o, mejor dicho, reinvenición de la tradición.¹³

En contraposición, mucho sorprende la ausencia de representaciones iconográficas de nuestra santa y sus procesiones. Hay que preguntar, en primero lugar, por qué José María Espinosa, tan cercano a Antonio Nariño en su juventud y a los liberales gólgotas en la vejez, ¿no la mencionó en sus memorias y nunca la dibujó?¹⁴

A pesar de toda la importancia de la procesión de Santa Librada en el nuevo modelo del ritual patriótico del 20 de Julio que se estableció en la segunda presidencia de Murillo Toro, su presencia casi desaparece en la prensa durante la Regeneración y la hegemonía conservadora. En ese contexto, llama nuestra atención un mito de origen de la nación panameña en que Santa Librada salva la provincia liberal de Azuero de la amenaza de un buque de guerra del gobierno conservador de Colombia durante la Guerra de los Mil Días.¹⁵ Las Tablas, capital de la provincia, era y sigue siendo el principal centro de devoción a Santa Librada, y también la cuna del dirigente liberal Belisario Porras, quien ciertamente asistió a las procesiones de Santa Librada de los años 1870 en Bogotá, cuando estudiaba en el colegio de San Bartolomé.¹⁶

Comienza el siglo XX con una espesa capa de silencio alrededor de Santa Librada en la prensa de una Colombia consagrada al Sagrado Corazón. En el Centenario sí salió la procesión: el programa consta en la prensa y en el álbum conmemorativo, pero ella no aparece en las fotografías como Nuestra Señora del Carmen y la Virgen de Chiquinquirá.

El más largo y sostenido ascenso de las noticias de procesiones de Santa Librada empieza a verse a partir de 1913. El 29 de abril, recuperando las crónicas de José María Caballero y José Manuel Groot, Arturo Quijano celebró en el *Boletín de Historia y Antigüedades* el centenario de la siembra

12. José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Bogotá, Imprenta del Telegrama, 1895.

13. Ver Eric J. Hobsbawm & Terence Ranger, *La invención de la tradición*. Barcelona, Crítica, 2002.

14. José María Espinosa, *Memorias de un abanderado. Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*. Bogotá, Banco Popular, 1971; la primera edición es de 1876). Beatriz González, *José María Espinosa. Abanderado del arte en el siglo XIX*. Bogotá, Museo Nacional de Colombia, Banco de la República, El Áncora, 1998. Sobre Espinosa, Policarpa Salavarrieta y el 20 de julio, ver Jaime de Almeida, «¿200 años de olvido? Santa Librada en la memoria de la independencia» en Cesar Augusto Ayala Diago & ál., *Independencia, independencias y espacios culturales. Diálogos de historia y literatura*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 118-140.

15. Sergio González Ruiz. *Veintiséis leyendas panameñas*. Panamá, Biblioteca de la Nacionalidad, 1999.

16. Sobre este importante personaje, ver Manuel Octavio Sisnett Cano, *Belisario Porras o La vocación de la nacionalidad*. Panamá, Universidad de Panamá, 1972.

del Árbol de la Libertad por Antonio Nariño. A pesar de que no era su tema central, Quijano relató la primera procesión de Santa Librada en vísperas de la proclamación de Independencia absoluta, luego que se volvió a sembrar el Árbol de la Libertad. Si había que celebrar el centenario del Árbol de la Libertad, quedaba subentendido que Santa Librada también se lo ameritaba.¹⁷ Justamente en ese año cuando se cumplían los cien años de la primera procesión, una señora de Manizales le regala al Colegio republicano de su nombre en Cali un lienzo de Santa Librada.

Cuatro años más tarde, rompiendo el silencio que mantenía a éste respeto desde su fundación en 1902, un informe de las actividades de la Academia de Historia en 1917 certifica, por primera vez, que «concurrió la corporación a la tradicional procesión de Santa Librada».¹⁸ El siguiente texto del mismo Boletín nos permitirá mejor conocer lo que pasaba:

«Uno de los números que alcanzaron mayor éxito fue la procesión cívica y religiosa del día 19 de julio. Establecida ésta desde el gobierno de don Antonio Nariño, y conservada siempre con más o menos auge, fue en recientes años decayendo tanto, que los dos últimos sólo la acompañamos cuatro o cinco académicos, y por ello nos limitamos a llevarla en torno del vecino parque. En vista de ello se pensó en volver esa ceremonia a su antiguo esplendor y unirla con un tributo a los mártires, ya que se guardaba la histórica imagen en el mismo templo donde yacen las cenizas de los próceres sacrificados en el patíbulo. Nuestro colega el doctor Marroquín, a quien le tocó presidir la expresada junta, y que a todos los espectáculos les dio el más activo y sensato impulso, tomó en este especial empeño.

Organizóse el cortejo en el colegio del Rosario, lugar precisamente de donde salieron para el cadalso muchas de las nobles víctimas, y tras la vieja campana, que iba tañendo como en los días del terror, y tras el mismo cristo [sic] que acompañara a aquellos en su fúnebre camino, siguió el desfile suntuoso. Agrupados los descendientes de cada prócer al lado de alguna reliquia o de algún símbolo de su glorioso antepasado, con ramilletes y guirnaldas, en orden y elegancia, cruzaron las principales calles de la ciudad, hasta el sagrado panteón, y allí pronunció conmovedora oración fúnebre nuestro colega el doctor José C. García.

He dedicado varias líneas a esta parte del aniversario nacional, porque ella fue apadrinada por la Academia, porque en sus desarrollo tomaron parte activa varios de sus miembros, descendientes de próceres, y porque estuvo de acuerdo con uno de nuestros propósitos, que es el de conservar siempre vivos los recuerdos de los grandes hombres y de los gloriosos episodios. Los mártires todo lo merecen.»¹⁹

17. Arturo Quijano, «Centenario del Árbol de la Libertad». *Boletín de Historia y Antigüedades* VIII, 96, 1913, pp. 765-769.

18. *Boletín de Historia y Antigüedades* XI, 132, 1917, pp. 738-739.

19. *Boletín de Historia y Antigüedades* XI, 132, 1917, pp. 724-725.

Aunque no se la nombran, no hay duda que se trata de la procesión de Santa Librada, establecida por Antonio Nariño el 19 de julio de 1813. Esa nueva invención de la tradición rompe con el pasado reciente que sugiere la descripción inicial de un ritual casi clandestino: unos señores en traje de etiqueta cargando en silencio una imagen sin nombre alrededor de un parque.

En periódicos como *Cromos* y *El Gráfico*, lucen llamativas fotos de los festejos patrios de 1917. En materia de imágenes religiosas por ejemplo, se ve muy bien Nuestra Señora del Carmen en su día 16 de julio, y nada de Santa Librada. A juzgar por las referencias escritas de la época, la imagen religiosa puesta oficialmente en escena los días 19 y 20 de julio sería el Cristo de los Mártires. Así, podemos suponer que ocurrió entonces un nuevo apelo al carisma incuestionable de ésta imagen para –tal como en 1872– abrirle paso a Santa Librada y restablecer su tradición.

El proceso de oficialización de las procesiones de Santa Librada ganó fuerza cuando la Academia de Historia fue encargada de la celebración de las fiestas nacionales del 20 de julio y 7 de agosto por la ley n. 15 de 1920.²⁰ Desde entonces y hasta 1957 sí debieron salir procesiones de Santa Librada las pocas veces que no aparecen en la prensa, puesto que había una institución interesada en recuperar y mantener aquella tradición, retando las fuerzas en su contra.

En 1922, poco después de la publicación por Eduardo Posada del manuscrito que mencionaba el presunto apelo a Santa Librada por los chapetones en 1810,²¹ alguien camuflado como alias *Peregrinus* publicó en la revista *El Gráfico* la crónica «Un cincuentenario memorable», relatando la procesión de 1872.²² Las fotos muestran Murillo Toro, la Plaza de los Mártires, el arzobispo don Vicente Arbeláez, José María Rojas Garrido y la imagen del Cristo de los Mártires. Si no está su imagen, Santa Librada aparece muy nítidamente en el texto: «Nació entonces la procesión de Santa Librada y del Cristo de los Mártires, que vemos invariablemente salir el 19 de julio de la Veracruz. Su iniciador fue el actual Arzobispo Metropolitano».

Tres personajes se ven a medias: el autor, la imagen de Santa Librada y don Bernardo Herrera Restrepo. *Peregrinus* le hace un guiño al arzobispo conservador –que consagrara el país al Sagrado Corazón– enseñándolo como el principal responsable, en su mocedad, por la asociación ritual del Cristo de los Mártires con una imagen religiosa convertida en emblema patriótico por Antonio Nariño y enseguida apropiada por Santander, López y Murillo Toro. Luego vienen dos fotos demostrando que la procesión de

20. *Boletín de Historia y Antigüedades* XII, 152, 1920, p. 461.

21. Ver nota n. 1.

22. *El Gráfico*, 22/07/1922, pp.101-103.

Santa Librada había ganado enorme visibilidad y más, no era escandaloso afirmar que salía regularmente desde 1872.

La importancia de las fiestas del 20 de julio siguió creciendo y con ellos la procesión de Santa Librada con el Cristo de los Mártires. En 1926, Arturo Quijano involucró la oficialización de aquel ritual cívico-religioso en el proyecto historiográfico de la Academia que entronizaba a Francisco de Paula Santander como el padre fundador de la nación colombiana.²³ Según Quijano,

«Desde la apoteosis del alto señorío bogotano a Santander el 10 de agosto de 1919, y como homenaje especial al héroe representativo de la Nueva Granada en la épica campaña y en la inmortal jornada de Boyacá, no había vuelto a presenciar nuestra capital un desfile tan intensamente gentil como el que tuvo lugar el lunes en honor de los próceres –especialmente los mártires– de la Independencia.

Se trataba de revivir la tradicional procesión de Santa Librada y del Cristo de los Mártires, ceremonia que por más de un siglo ha venido repitiéndose el 19 de julio, unas veces con sencilla esplendidez, como en aquellos años en que trescientos caballeros encabezados por el alto comercio (patrono de la procesión) recorrían las principales calles de rigurosa etiqueta; otras con una modestia y una indiferencia que no fueron poderosas a acabar con la hermosa y sentimental ceremonia, debido tan sólo a la tenacidad patriótica de unos pocos académicos de la Historia que, a despecho de casi ridículo, se propusieron a todo trance no permitir que esa tradición no se hundiera, como tantas otras, en el olvido.

Y este año el triunfo de estos pocos académicos, hombres estos sí de mucha fe, ha sido a la postre completo, debido a la fe también, y muy grande, y al entusiasta vigor con que sus colegas de la misma Academia que componen la Junta de Festejos Patrios de 1926, resolvieron afrontar de una vez el asunto y resolverlo con inusitado esplendor, nunca visto en la fecha precisa del 19 de julio (...).²⁴

Está clara la convicción de que en el culto a los héroes, caben a las élites la iniciativa y el orden de precedencia. Al señalar el alto comercio bogotano como el patrono de la procesión del 19 de julio, Arturo Quijano refuerza nuestra interpretación de los festejos de 1849: la tradición inventada por Antonio Nariño, de asociar ritualmente la memoria de la Independencia a la imagen de Santa Librada, hay que buscarla entre los liberales de corte

23. Ver Rafat Ahmed Ghotme Ghotme, «Santanderismo, antisantanderismo y la Academia Colombiana de Historia: la operación histórica en el proceso de construcción de la nación en Colombia, 1910-1970». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* n. 34, 2007, pp. 121-164.

24. Arturo Quijano, «Las festividades patrias». *Boletín de Historia y Antigüedades* XV, 178, 1926, pp. 593-595.

santanderista y no en los barrios plebeyos y los círculos de artesanos, al menos desde los años 1835-1837.²⁵

Para resumir el sentido de la procesión y su desarrollo, el académico Quijano citó los conocidos pasajes del diario de José María Caballero y subrayó: «Queda, pues, ya establecida como tradición, casi como institución, la ceremonia pública en honor de Santa Librada». Enseguida, echó mano de un anacronismo a propósito de otra imagen:

«Quien hubiera de haberles dicho a los patriotas sacrificados en la reconquista de 1816 (...), que al surgir de nuevo la Patria, ya de todo libre, resucitaría, valga el decir, la procesión de Santa Librada, pero con un aditamento pleno de poesía y de profunda emotividad: el Cristo de los Mártires; el mismo que sirviera a la Hermandad de la Veracruz para encabezar los tristes cortejos de los que eran puestos en capilla, y de ésta marchaban al patíbulo, siendo luego recogidos sus sangrientos despojos y conducidos sin pompa ninguna (por prohibirlo la ley) al osario de aquel templo; ese Cristo, que en nuestro sentir es la joya más intensamente valiosa de cuantas venerables reliquias nos dejaron los siglos ya idos, porque en él se fijaron por última vez las miradas dolientes de Caldas, y de Torres, y de Policarpa, y de cien más».

Arturo Quijano disertara recientemente sobre los festejos patrios de 1849 en la Academia, y no podía ignorar el relato de Cordovez Moure sobre los festejos de 1872 en que se añadió el Cristo de los Mártires a la procesión: aquí no hay equivocación. Él quiso fusionar conceptualmente la República de la Nueva Granada, el Presidente Santander, Santa Librada y el Cristo de los Mártires para puntualizar: «De ahí, de esa raigambre profunda en las entrañas de la historia, arranca la supervivencia ya secular de la procesión del 19». La principal novedad de aquella procesión de 1926 habría sido la presencia masiva de las familias de descendientes de mártires o de próceres,

«Y como digno remate, el Cristo cien veces bendecido y la imagen de la santa seguidos de la Academia de Historia en corporación, y cerrando el desfile el Excelentísimo señor Presidente de la República y su Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas.»

Concluyendo, Arturo Quijano afirmó que el 19 de julio de 1926 tuvo una inmensa significación, y vaticinó proyecciones extraordinarias sobre las nuevas generaciones. Como si fuera concertado entre ellos, Alfonso Hernández de Alba expuso una percepción detallada de tal proceso:

«La procesión de Santa Librada, el mejor número de los festejos

25. Jaime Almeida, «Santa Librada, en las vísperas del Bicentenario». *Historia y Espacio* n. 33, 2009, p. 69.

patrios, a que dieron esplendor algunos de los descendientes y parientes de los libertadores de Colombia, es otro de los grandes medios para avivar el sacro fuego del patriotismo. Las distinguidas damas que en ella tomaron parte pondríanse en el calor de su hogar a repasar un olvidado cuadro genealógico hasta encontrar su tronco en un valiente servidor de la República, remontaríanse a los benditos tiempos coloniales y verían cómo los próceres, nacidos de su noble cuna, lucharon por derribar las prerrogativas de su clase, por darnos un pueblo libre; recorrieron con el pecho oprimido de una rara emoción la vía dolorosa de los mártires, vieron el mismo rostro exangüe del Crucificado, que alentó a los que iban a morir, y sus corazones e madres, hijas, hermanas y esposas supieron lo que fue para sus antecesoras las Mujeres de la Independencia, el sacrificio redentor; buscarán luego en las benditas imágenes de sus abuelas, que conservan en marfileñas miniaturas con oro y finas perlas adornadas, ejemplo y valor; sabrán ser como ellas, fieles a su excelso destino, harán que en el templo de la familia reine siempre la aristocrática sencillez, la santa alegría, la evangélica austeridad de las familias santafereñas y sus hijos, el porvenir de Colombia, beberán con el materno néctar la herencia de patriotismo y se adormecerán tranquilos entre las sedas de sus lechos al suave calor de una historia de valor, dolor, amor...»²⁶

Poco tenemos a decir del futuro de tales vaticinios centenaristas. Cuanto a Santa Librada, su presencia en los festejos patrios del 20 de julio devino casi institucional por los treinta años siguientes. Hoy, las generaciones nacidas a partir del Sesquicentenario casi no la conocen. ¿Acaso les interesaría estudiarla como un lugar de memoria²⁷ en el Bicentenario?

En julio de 2009 la Casa del Florero recibió por algunos días la visita de la imagen del Cristo de los Mártires, generosamente prestado por la autoridad religiosa. Los dos protagonistas centrales de las olvidadas procesiones de Santa Librada, apartados desde julio de 1957, volvieron a verse juntos en la exposición *¡Santa Libertad! Memoria y olvido de una imagen femenina de la Independencia*.

26. Alfonso Hernández de Alba, «Una dama del 20 de julio». *Bogotá Gráfico*, 14 de agosto de 1926, p. 5.

27. Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*. Paris, Gallimard, 1997.

